

(6) LOS ESCITAS

Escitas, los Centauros de las estepas.

Son pastores a caballo, son nómadas y además arqueros.



Ya hemos visto en anteriores artículos las dificultades que existe para el estudio de las culturas antiguas, tanto más para hacerlo en un tema tan concreto como el uso del arco en las mismas. Si a esto añadimos que algunos pueblos no tuvieron asentamientos de población fijas que posibiliten estudios en profundidad de restos arqueológicos, o que no dejaron testimonios escritos propios contemporáneos, las dificultades son aún mayores. Este sería el caso del pueblo arquero que ahora nos ocupa, los Escitas, si no fuera gracias al primer reportero y "padre" de la Historia, el griego Herodoto, que en el

siglo V, A.C., dejó constancia, gracias a su curiosidad extrema, de lo que vio y le contaron sobre ellos.

Estas "historias", unidas a otras referencias de pueblos contemporáneos, y a los únicos restos que dejaron, las tumbas de los grandes jefes, permiten hacer un sucinto recorrido por esta desconocida cultura. Como "Escitas", se conoce actualmente a una serie de pueblos, de diversas etnias, y origen vario (desde asiáticos a germanos) que se caracterizan por tener puntos comunes: Son pastores a caballo, son nómadas y además arqueros.

Dentro de este crisol de pueblos, el que más nos interesa, por ser el más estudiado gracias a las tumbas excavadas (kurganes), y por ser además el más referido por nuestro "historiador", es el de los Escitas llamados "Reales". Lo de "Reales" es porque tenían un sistema de gobierno básico que agrupaba varias tribus bajo el dominio de la que tenía la hegemonía en cada momento.

Estos Escitas, los más conocidos, entre 700 y el 300 A.C. se enseñorearon en el sur de la antigua Unión Soviética, litoral del Mar Negro, Azov, en el Kubán (entre el Volga y el Bajo Don), y el bajo Dnieper. Es en el Kuban (al norte del Cáucaso), donde se entablaron contacto directo con los griegos asentados en ricas colonias del Mar Negro, y donde los conoció Herodoto.

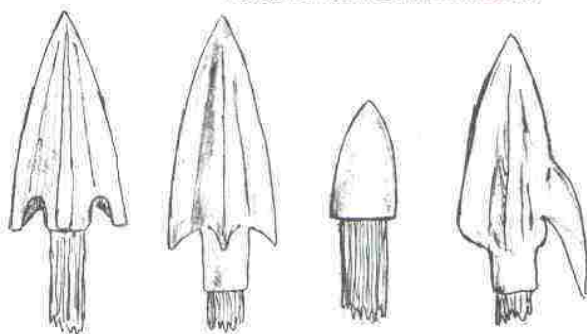
La mitología griega da a este pueblo un origen relacionado directamente con el arco. Según cuenta Herodoto, existía la creencia de que Hércules, al regresar de uno de sus "trabajos". Se vio "obligado" a "yacer", en el sentido bíblico de la palabra con una mujer-serpiente que dominaba la región. Dicho monstruo concibió tres hijos, y cuando preguntó al padre cuál de ellos heredaría sus posesiones. Éste le dijo que sería el que pudiera tensar su arco. El que pudo hacerlo, de nombre escita, daría origen y nombre a este pueblo. Es curioso el paralelismo de esta historia con la de Ulises a su regreso de itaca. No en vano, el arco típico escita entrañaba dificultad para montarlo, siendo necesaria más maña que fuerza, según se ve en el relieve de una vasija de oro hallada en un Kurgan, y que muestra a un escita montando un arco ayudándose de las piernas. Alguien que no conociera el truco lo vería como trabajos de colosos.

Jinete escita a pie



La zona es muy dura, inviernos interminables y en extremo fríos. Como no poseían ciudades, vivían en carros, y según nuestro cronista, hasta en los mismos caballos que montaban. La descripción que hace recuerda en cierta manera a las que siglos después se harán de otros pueblos nómadas como Hunos y Mongoles, también arqueros a caballo. El uso del caballo como animal de monta, era más antiguo, pero los Escitas fueron los primeros que lo usaron en forma masiva, basando toda su cultura en él. El caballo era fundamental en el pastoreo de grandes rebaños de ovejas en la inmensidad de las estepas (no en vano esta era la tierra del mítico vello de oro de Jasón y los Argonautas), donde las distancias eran eternas, tanto más cuando había que ir buscando pastos nuevos continuamente (origen del nomadismo).

Puntas de flecha escitas en bronce.



Asimismo, las largas horas de guardia con los rebaños, y para que no degenerara en aburrimiento, servirían para entrenarse en la doma y, como no, en el uso del otro accesorio del pastor de las estepas: el arco. Los Escitas eran así virtuosos en una y otro arte. Herramienta del pastor, un arco pequeño, el típico escita, adecuado para usar montado,

muy potente y manejable, con un tiro tenso capaz de matar a mucha distancia a los posibles lobos que osaran acercarse a las ovejas aún olerlas tan solo.

Así, el pastor de las estepas rusas se convierte en caballero y después en caballero-arquero. De este paso a guerrero arquero, hay solo un suspiro. Cuando se convirtieron en guerreros, fueron temibles. Con un total desprecio por el enemigo. al que consideraban un rebaño más, e insensibilidad ante la sangre (típica de todos los pueblos pastores, acostumbrados culturalmente a la misma dada su forma de vida: criar

animales para después sacrificarlos degollándolos sin ningún sentimentalismo ni reparo), Herodoto, sin hacer juicios de consideración moral, da datos sobre costumbres "bárbaras", tales como sacrificios humanos a su deidad primigenia, representada por una espada de hierro, beber la sangre del primer enemigo muerto en combate, coleccionar cabezas (que por otra parte servían para acreditar las partes que tocaban a repartir del botín), hacer copas y beber de ellas, con los cráneos de enemigos principales, arrancar cabelleras humanas (y hacerse adornos para las monturas y chaquetones para el duro invierno, este dato es muy curioso, y se repetirá siglos después en otro continente), curtir piel humana, y confeccionar tapas de carcaj (los "gorytys" tan característicos), con la piel de la mano derecha de enemigos muertos, y con uñas y todo.

Es curioso, también, dentro del macabro relato que dedica a las honras fúnebres que se hacía a los reyes, lleno de momias empaladas, el detalle de que los hombres, para demostrar su duelo ante la muerte del jefe, se herían en la mano izquierda con las puntas de sus flechas. Hay que decir, que en estas exequias, se consumían bastantes vapores de semillas de cáñamo, no cabe duda de que estaban más "eufóricos" que dolidos.

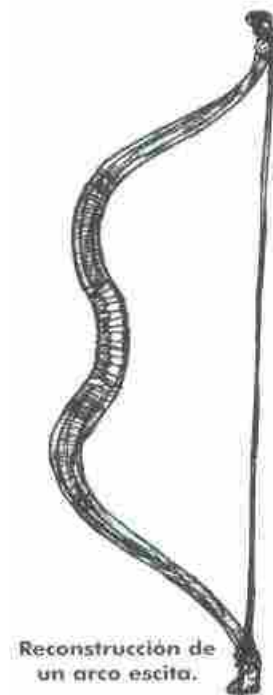
Asimismo, cuenta la forma que tenían de hacer juramentos: Se hacían heridas, recogían la sangre en un cuenco, y mojaban en ellas sus flechas, en una especie de rito mágico para que la sangre de las flechas buscara la sangre de los traidores.

Los caballos no eran de mucha alzada, adecuados al frío y abuelos del típico caballo cosaco que siglos después, corretearía por esas mismas tierras. Eran la prolongación de su jinete, una simbiosis perfecta hombre-caballo, los mitológicos Sagitarios de la iconografía clásica, es decir, los auténticos centauros-archeros. Los corceles reflejaban a sus dueños, eran adornados con riqueza (si a las cabelleras humanas se les puede llamar riqueza) y mimados en extremo, acompañándoles a la tumba (hasta cuatrocientos esqueletos de equinos se han contado en un solo Kurgan).

No conocían el estribo metálico, utilizando (si lo hacían), simples correas de cuero para sujetar los pies y dirigir los movimientos del caballo mientras se disparaban flechas al galope.

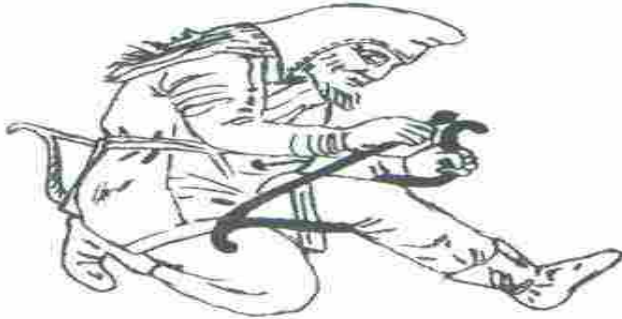
El pequeño arco escita tal vez fue copiado de modelos más antiguos (ya vimos ejemplos de posibles arcos compuestos y recurvados en el capítulo dedicado a Sargón el primer rey arquero). Los materiales serían según la descripción de otro viajero curioso, Amiano Marcelino, tendones, hueso y madera. De su potencia dan constancia las puntas que se encontraron clavadas en los muros de una ciudad armenia. No diferían mucho de ellos los posteriores arcos turcos y mongoles.

Arco y flechas se guardaban en una funda integral, un estuche llamado "gorytys", fabricado en cuero repujado y pintado, a veces con apliques metálicos y figuras fantásticas recortadas en fieltro de colores. Ya hemos dicho las "curiosas" tapas que a veces se les hacía. Estos "gorytys", de pequeño tamaño (tal cual su contenido), se colgaban del cinturón en el lado



Reconstrucción de un arco escita.

izquierdo, fácilmente accesibles y dispuestos al uso en todo momento. Es curioso el hecho de que hasta en escenas de "paz", tales como labores de pastoreo o banquetes, arco y flechas están siempre a mano (lo cual denota el grado de violencia o desconfianza que tenían los unos con los otros), según se ven en las representaciones conservadas.



Escita montando un arco.

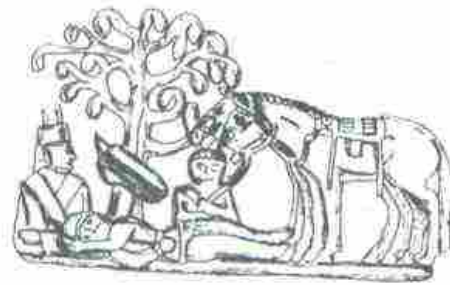
Conocían el hierro, sin embargo todas las puntas de flecha conservadas son de bronce. Aparecen tres formas básicas de puntas, triobuladas con aletas (del tipo asirio ya vistas anteriormente), otras de punta simple, sin aletas y pequeñas, y la más abundante y típicas, trilobuladas y con anzuelo,

todas en empuñadura de tubo. De este tipo ya vimos como aparecían también en yacimientos asirios. Cuestión de "intercambios culturales".

Las flechas eran cortas y emplumadas, dado lo pequeño de los arcos, la rapidez de tiro sería impresionante, para lo cual la previsión de ellas que se llevaría en las aljabas sería abundante (según se ve también en las representaciones), sin poder precisar un número en concreto. Herodoto, al relatar en una de sus "Historias", la campaña de castigo que el persa Darío emprendió contra ellos, da cuenta de las tácticas guerreras que utilizaban. Ni más ni menos que las mismas que utilizarían los rusos en las guerras napoleónicas y en la gran retirada ante el avance alemán del año 1941: Tierra quemada y acoso incesante, rápido y sin aviso, atrayendo cada vez más hacia el interior de las estepas al enemigo, que cansado, sin víveres, y sin posibilidad de abastecimientos dadas las enormes distancias, se veía solo y abandonado en la inmensidad de las llanuras, sin poder combatir con un enemigo escurridizo, que mantenía a sus jinetes a un día de distancia por delante de ellos, para quemar todo lo que pudiera servir al invasor. Darío tuvo que retirarse con el arco entre las piernas. Muestra del carácter de los Escitas da cuenta un episodio, seguramente ficticio, de esta campaña, en la que Herodoto narra como, en una ocasión, se encuentran frente a frente la caballería escita y el grueso de las tropas expedicionarias persas. Una liebre saltó de pronto en tierra de nadie. Los escitas, despreciando al enemigo empiezan a abandonar las líneas para dedicarse a perseguir al pobre animal en un juego que dejó sin palabras a los persas. Darío, viéndose herido en su orgullo, dio la batalla por terminada, abandono el campo al caer la noche, ya que no podrá combatir con un enemigo que prefería cazar liebres a luchar contra él.

Los Escitas camparon por las llanuras libremente, a su antojo, hasta que nuevos pueblos en expansión empezaron a acosarles y echarles de sus pastos. Sármatas y Macedonios serán los que les obliguen a sedentarizarse en Crimea. Los últimos escitas puros se verán como Policía Metropolitana mercenaria en Atenas, nada menos.

En cuanto a las reconstrucciones que presento, aparece en primer lugar, un jinete escita montado. El caballo aparece enjaezado con una máscara muy curiosa fabricada en cuero pintado y fieltro que semeja algo así como un animal fantástico parecido a un ciervo. Diversas mascararas de este tipo se conservan en museos rusos, y quizás la visión de estos caballos hiciera volar la fantasía de los griegos que los vieron, haciéndose imaginar historias sobre animales fabulosos y que habitaban en esas tierras. Los arreos, en fieltro y cuero, aparecen "adornados" con cabelleras humanas y el jinete no es un sioux, la costumbre perdurará y hará escuela).



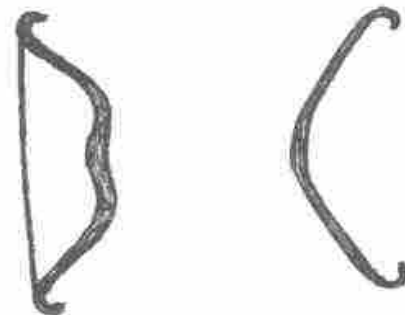
La muerte del guerrero; el Gorytis está colgado del árbol. Pieza realizada en oro.



Pieza de oro que representa un Gorytis.

A veces, además de las cabelleras, se arrancaban las barbas. En una de las tumbas se halló el cuerpo de un "rey", al cual, como el cuero cabelludo lo tenía "estropeado" por tres hachazos, le hicieron el "scalp" en la barba, y para que en el paraíso de los inmortales no se vieran así, le colocaron ¡ una barba postiza sujeta por cordones ¡... El "gorytis" cuelga del cinturón, como si se tratara de una funda de extracción rápida.

La segunda reconstrucción es la de un escita a pie, ropa holgada de mucho



Arco escita montado y sin montar.

colorido, bien fabricada (aún sorprende la buena factura de las que se han conservado), en piel y fieltro, forrada y cómoda. Botas de montar y gorro de piel, adecuado al frío. "Gorytys", un látigo para cumplir su función de pastor de caballos (pastor de hombres o gando que más da). A veces empleaban hachas de mango largo y hoja estrecha en la sangrienta persecución que seguía a la captura de las líneas enemigas (para matar a un enemigo que huye como un cordero, no hacía falta malgastar las indispensables flechas).